

Biblia Románica de Burgos



DE LOS EDITORES

Los amantes del arte en general, y especialmente todos cuantos se sienten seducidos por el románico –un arte ya de por sí fascinante–, tendrán un especial motivo de satisfacción al descubrir esta esmerada edición de SILOÉ de la célebre *Biblia de Burgos*, auténtica joya de ese importante período de la historia del arte. Indiscutiblemente estamos ante uno de los más valiosos códices románicos conservados hasta la fecha. Buena prueba de ello es que haya sido reclamado para muchas de las grandes exposiciones histórico-artísticas de los últimos tiempos.

Se ha dicho que el románico crea adicción. Y la expresión nos parece perfectamente afortunada, pues pocos movimientos artísticos de la historia humana se siguen últimamente con tanta pasión y despiertan tanto interés como todo lo referente a esta lejana y subyugante etapa de nuestro pasado.

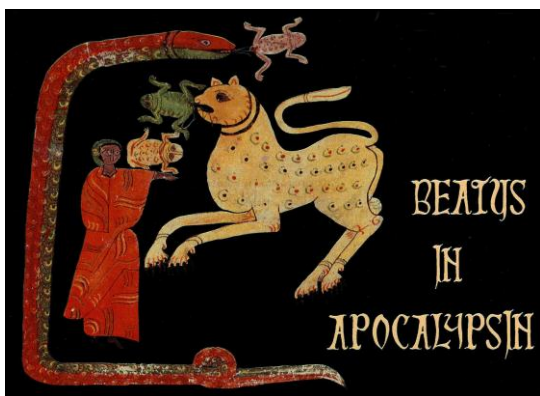
La caída de Roma y su Imperio vino provocada, aparentemente, por la heterogénea invasión de los llamados pueblos bárbaros, si bien la sociedad romana estaba ya minada por dentro desde que el cristianismo irrumpiera con fuerza en una sociedad decadente y moralmente degradada. A partir de entonces Europa vive una larga fase de dispersión política, social y religiosa. El arte, como viva expresión de esa realidad, necesitará igualmente varios siglos antes de alcanzar, con el románico, un primer período de cierta unidad y dimensiones continentales.

El progresivo ascendiente tanto espiritual como temporal que sobre la sociedad europea ejerce el cristianismo, y más concretamente la Iglesia y su papado, así como el extraordinariamente dinámico movimiento del monacato, será la semilla de esa especie de difusa unidad que comienza a vertebrar Europa, y que tiene sus primeras manifestaciones en las grandes peregrinaciones y en el peculiar fenómeno de las Cruzadas. Aquí, en España, protagonizaríamos nuestra particular Cruzada con el largo conflicto bélico de la Reconquista, que moldeará nuestro arte con características muy singulares.

Uno de los primeros brotes de este vasto movimiento paneuropeo habría que situarlo en el renacimiento carolingio propiciado por la corte de Carlomagno. El poderoso impulso cultural puesto en marcha fue, sin embargo, un fenómeno, si no efímero, sí escasamente longevo. Decaería antes incluso de cumplir un siglo. Esta decadencia carolingia de finales del siglo IX y la presión de una nueva oleada de invasiones –esta vez fundamentalmente húngaras y normandas– van a suponer un claro punto de inflexión en la historia del continente y de su cultura que, finalmente, daría paso al inicio de la época románica.

Ese inicio lo podríamos situar un siglo más tarde cuando, resucitando en cierta manera la tradición imperial, se instaura con Otón I el Imperio Otónico, el llamado Sacro Imperio Romano Germánico, que sería otro de los potentes gérmenes de la incipiente y siempre convulsa unidad europea. El impulso artístico de este Sacro Imperio no sólo relevará y sustituirá al carolingio, sino que representa ya la primera gran manifestación de los balbuceos del arte románico, que terminará desembocando en la plenitud de este poderoso movimiento artístico.

En la Península Ibérica, sus particulares rasgos geográficos –rodeada de mar y con el muro pirenaico dificultando la comunicación con Europa– y la invasión árabe del siglo VIII harán que la experiencia de unificación cultural y artística carolingia llegue con notable retraso y con perfiles muy particulares.



Así se explica la autoctonía y originalidad de nuestro prerrománico y, en particular, el excepcional arte mozárabe, que alcanza su máxima expresión en la rica iconografía de muchos de nuestros *Beatos de Liébana*, de los que SILOÉ tiene la satisfacción de haber llevado a cabo la edición facsimilar del más antiguo de todos ellos, el llamado «Emilianense» o «Beato Primero».

Ya en el siglo XI, Fernando I, el monarca español con más poder de aquellos tiempos, lograría romper el aislamiento peninsular y conectaría con las grandes corrientes europeas. Internamente conseguiría dar un gran impulso al proceso reconquistador, y externamente establecería privilegiadas relaciones con la mayor y más influyente comunidad monástica cristiana: el monasterio francés de Cluny, joya del arte románico. Los intereses reales por un lado y por otro la ruta jacobea, que iba adquiriendo un renovado e inusitado vigor, nos fueron vinculando progresivamente a Francia y a Europa, y el arte español iría difuminando su autoctonía para terminar conectando plenamente con el moderno estilo que ya recorría el continente: el románico.



Lo dicho es fundamentalmente cierto para la arquitectura y la escultura, pues, por lo que se refiere a la miniatura, la península sigue manteniendo sus dosis de originalidad y genialidad hispana, como se puede observar en los mencionados Beatos que prosiguen su curso evolutivo, pero siempre con una impronta muy particular y alejada de los Apocalipsis europeos. Esta misma *Biblia de Burgos* que presentamos es única por esa rebotante espontaneidad, con toques que podríamos calificar de expresionistas. Y todo ello a pesar de las dudas que, según varios autores, aún perduran sobre su origen.

Efectivamente, una de las cuestiones aún no del todo resueltas de esta Biblia es su procedencia. Si para Domínguez Bordona era desconocida, para el profesor John Williams podría tener un origen toledano. Ahora bien, el profesor Joaquín Yarza, uno de los que más y mejor han estudiado y conocen este códice, aporta argumentos muy sólidos en las páginas que siguen para adscribirlo al Monasterio de San Pedro de Cardeña, en el que existió un importante scriptorium que, entre 1170 y 1180, produciría esta Biblia y el conocido como *Beato de San Pedro de Cardeña*.

Ahora bien, el paleógrafo Manuel Zabalza, que ha llevado a cabo un extenso y valioso trabajo de investigación que ofrecemos aquí en primicia, aboga por un origen burgalés, sí, pero del Monasterio de Las Huelgas, como lo apunta ya en el título mismo de su artículo, en lugar del de San Pedro de Cardeña.

Podríamos decir, en términos coloquiales, que la polémica está servida, pero como no pretendemos en absoluto banalizar este asunto, creemos que, por el contrario, estas discrepancias pueden servir de acicate a futuras e interesantes indagaciones. Por otra parte van a contagiar, a las páginas que siguen, una viveza e interés que, de otro modo, quizá nunca habrían tenido, habida cuenta de la naturaleza académica del tema.

Desde esa perspectiva, y todavía en este capítulo de la procedencia del manuscrito bíblico, no podemos dejar de mencionar aquí, por elocuente y curiosa, la interpretación del hispanista Augusto L. Mayer, que recoge con más detalle el profesor Yarza, y según la cual esta Biblia contendría claros elementos germánicos que podrían hacernos pensar en un origen alemán. Todo arranca de la reproducción de la ilustración del folio 12v en que se lee la palabra «lang» en la cabeza de la serpiente del Paraíso. «Lang» en alemán significa *toma* –que, según la imagen, parecería ser precisamente lo que le está diciendo Eva a Adán. Más tarde, Jesús Domínguez Bordona y el propio José Camón Aznar, aun con reparos, se hacen eco de esta hipótesis. El propio Pijoan la recogería también en su monumental *Summa Artis*. Y no faltó quien apuntándose con entusiasmo a esta interpretación quiso ver en el cuadrúpedo que aparece abajo, a la izquierda de la miniatura, una vaca cuya fortaleza delataría rasgos claramente teutones.



La realidad era, sin embargo, mucho más prosaica. Ninguno de esos autores había contemplado directamente el original, sino fotografías. Y todo arranca del fallo fotográfico de no intercalar algún elemento separador entre folios antes de ejecutar la fotografía, o bien de no haber realizado una toma fotográfica vertical del folio en cuestión, lo que automáticamente habría evidenciado que en la cabeza de la serpiente lejos de haber cualquier palabra lo que había era un simple agujero que permitía ver parte de la palabra latina *languentis* de la página siguiente. El agujero de la cabeza de la serpiente sería consecuencia del constante frotar sobre ella para evitar el «mal de ojo», tan propio de la época.

Esta anécdota permite constatar cómo un elemental fallo técnico puede dar pie a peregrinas teorías. Si la hemos querido traer aquí a colación es precisamente porque uno de nuestros mayores empeños –por no decir obsesiones– como responsables de SILOÉ es llevar a cabo reproducciones modélicas y prácticamente perfectas de los códices que editamos, que se erigen, así, en la mejor garantía frente a posibles errores de esta naturaleza.

Volviendo a nuestra Biblia, actualmente en la Biblioteca Pública del Estado en Burgos, todo apuntaría a que, originalmente, pudo tener tres volúmenes, de los cuales sólo se conserva el primero. Los dos fragmentos hallados recientemente, cosidos a otro códice bíblico del Monasterio de Las Huelgas, podrían ser testigos del tercer volumen y confirmarían esta hipótesis. Quedan aún, sin embargo, lagunas e interrogantes que nos impiden afirmarlo con rotundidad. En cualquier caso, el hecho de que sólo perdure completo el primer volumen nos ha llevado a proceder a una selección de los 33 folios más representativos –o que contienen elementos más singulares– de la historia y trascendencia artística de esta Biblia. Como por ejemplo el sublime y ya mencionado anteriormente folio 12v, con el valioso programa iconográfico del pecado original y la expulsión del paraíso que, en palabras del profesor Yarza, es la más excepcional de todas las escenas bíblicas castellanas del románico y constituye un «unicum» de la miniatura románica europea.

Junto a la reproducción meticulosa y fiel de estos folios seleccionados, ofrecemos aquí, en este volumen, el estudio más ambicioso, pormenorizado y riguroso que se haya emprendido jamás sobre este importante códice. Es una auténtica satisfacción para nosotros poder ofrecer a los amantes del románico una de las más emblemáticas piezas de ese arte en España. Si, para muchos, la *Biblia Románica de Burgos* es uno de los más importantes códices de la cristiandad hispana, para los aficionados y expertos es un valioso tesoro de la miniatura románica española.

Es la hora de dejarse contagiar por los secretos celosamente guardados en las páginas de esta Biblia, que tiene el poder de transportarnos a una época un tanto misteriosa y lejana que reclama nuestra atención, y que nos seduce con su hieratismo y su sencillez, con su ausencia de proporciones y de perspectivas.

Una vez más se hace presente entre sus páginas la eterna lucha entre el bien y el mal, en la que el hombre es testigo y protagonista a la vez. En estas representaciones tan fantásticas – como en las de todo el románico–, queda patente el esfuerzo humano por permanecer siempre del lado del bien. Por eso mismo, El Bien Supremo –Dios– ha de ser representado en todo su esplendor y fuerza expresiva. De ahí la magnífica proliferación de los «Maiestas Domini» (o de las «Maiestas Mariae», como la excelente que aparece en esta Biblia), en los que ese anhelo se transforma finalmente y se plasma en una auténtica explosión de belleza.

Vaya para todos nuestra gratitud por el gran interés y sensibilidad con que se ha visto acogida esta edición.

